







[www.loqueleo.com/uy](http://www.loqueleo.com/uy)

© 2023, Roy Berocay

© De esta edición:

2023, Ediciones Santillana, S. A.

Juan Manuel Blanes 1132. 11200. Montevideo, Uruguay

Teléfono: 2410 7342

ISBN: 978-9974-92-501-4

*Printed in Uruguay* - Impreso en Uruguay

Primera edición: octubre de 2023

Dirección editorial: Viviana Echeverría

Dirección de arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Ilustraciones de cubierta y de interior: Gerardo Fernández Santos

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio conocido o por conocer, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

# **Reginaldo y Fiamma**

Una historia de fantasmas  
y vampiros

Roy Berocay

loqueleg



La avenida Lezica es muy ancha, bordeada de altísimos árboles y enormes casonas. Algunas de ellas son mansiones muy antiguas de dos y tres pisos, donde en el pasado, familias de gente con mucho dinero iba a pasar sus vacaciones.

En ese entonces, esa zona quedaba muy pero muy lejos del centro de la ciudad y había que ir en carruajes tirados por caballos. Aunque ahora sea solo un viaje de media hora en moto.

Una de esas mansiones, que parecía sacada de una postal de Suiza pero sin la nieve y las montañas, quedaba en un gran terreno que abarcaba toda una manzana. En ese parque alguna vez corretearon niños vestidos de marineritos y niñas con amplios vestidos rosados. Pero ahora estaba lleno de plantas y árboles que, con el tiempo y la falta de cuidado, habían ido ocupando más y más espacio hasta formar una especie de bosque salvaje y algo tenebroso, que por las noches lucía amenazante detrás de sus altas rejas de hierro despintadas y muy oxidadas.

Casi en el fondo se levantaba, imponente como un castillo, la casa de tres pisos.

Por las noches, algunos niños de la zona juraban que escuchaban raros sonidos que salían de allí, y es que la “casa del terror”, como la llamaban, les daba mucho miedo. Todos sabían que estaba abandonada desde hacía un montón de años y se decían toda clase de cosas acerca de su historia.

8 Los vecinos, por ejemplo, sostenían que estaba así por un asunto de herencias o cosas por el estilo. Como sea, para que quede claro y no andar explicando todo a cada rato: era una casa enorme, abandonada y oscura, en un parque espeso y casi salvaje.

Pero adentro de la casa, retumbando en sus largos pasillos de pisos de madera o en los techos algo despin-tados, a veces había un zumbido o un grito largo y de terror.

—¡Ahhhh! ¡Ahhhh!

Era Reginaldo, el fantasma, que vivía... bueno, habi-taba en esa casa desde hacía años y años y años.

Y claro, habitar una casa así de grande, solo, deambulando por los cuartos, día tras día, noche tras noche, era muy aburrido y eso lo ponía mal a Reginaldo, que entonces, allá arriba en la buhardilla o ático o altillo o como quieran llamarlo, que era su lugar favorito, solta-ba ese grito tremendo que seguramente congelaría la sangre del susto a quien lo oyera.

—¡Ahhhhhh, ahhhhhhh!





Como todo buen fantasma, Reginaldo podía volar. Deslizarse a gran velocidad por la casa y atravesar paredes.

Era fácil. Iba derecho a una pared y ¡swishhhh!, aparecía del otro lado.

Claro, ustedes se preguntarán: ¿si puede atravesar paredes y estaba siempre tan aburrido, por qué no se iba?

Bueno, no es que no lo haya intentado.

Cuando quedó encerrado ahí y se dio cuenta de que se había convertido en un niño fantasma, casi enseguida se dio cuenta también de que podía atravesar paredes y puertas.

Así que pensó: “¡Yo me vuelvo a mi casa!”. Miró la puerta principal y voló a gran velocidad hacia ella. Más y más y más rápido...

¡CLONCH!

Se estrelló contra la puerta y rebotó como una pelota de goma. Era raro, porque aquello le había dolido bastante, algo que no debería ocurrirle a un fantasma.

Pensó que quizá la puerta era de algún material especial. Entonces tomó impulso y lo intentó con la pared.

¡CLONCH!

Y con la ventana.

¡CLONCH!

Notó que podía atravesar todas las paredes y puertas y ventanas, menos aquellas que daban al mundo exterior.

Reginaldo trató de recordar cómo había llegado allí. Pero había pasado tanto tiempo que el recuerdo se volvía

borroso. De pronto un día era un niño, y después era un fantasma encerrado ahí, flotando solo en esa casa gigante.

Se acordaba de alguien. O algo. Una sombra con voz finita y fuerte que reía a carcajadas. Pero casi nada más.

10 Por suerte no estaba solo del todo. Ya que en la casa vivían también tres gatos. Años atrás, cuando era un niño, Reginaldo miraba en la tele en blanco y negro un programa llamado *Los tres chiflados*. Era su programa favorito. Por eso había nombrado a los gatos como los personajes que tanto lo hacían reír.

Moe era el gato más grande, negro y serio, que parecía ser el jefe. Larry era gris y el más peludo, y Curly, blanco y con manchas negras, el gato bastante más gordito.

Aunque no sabía mucho sobre animales, sospechaba que Curly en realidad era una gata.

El trío gatuno andaba por la casa a sus anchas, persiguiendo a otros habitantes, ratas, por ejemplo. Pero, a diferencia de Reginaldo, ellos sí podían salir, a través de un vidrio roto. A veces cazaban pájaros o revolvían la basura que algunos vecinos tiraban en el parque.

Reginaldo sabía que los gatos podían verlo. Estaba seguro de eso. Porque cada vez que se les acercaba Moe se erizaba, se encorvaba todo y mostraba sus afilados colmillos. Larry se movía inquieto de un lado a otro, y Curly, bueno, Curly bostezaba nomás.

Cuando estaba aburrido se le aparecía de golpe a Moe a través de una pared y lanzaba su grito de terror:

-¡Ahhhh!



El gato pegaba tremendo salto del susto. Y después quería pelear con esa cosa que flotaba en el aire delante de él.



11

Así, más o menos, pasaban los días de Reginaldo el niño fantasma en la casa abandonada de Lezica.

Y este libro podría seguir así durante muchas páginas y se volvería tipo reaburrido.

Pero, por suerte, una noche de Carnaval sucedió algo que lo iba a cambiar todo. Algo que cambiaría la vida... bueno, lo que sea que tenía Reginaldo, para siempre.

Fue una noche de tormenta que llegó después de una semana de calor tremendo. ¡Una tormenta! Sí. Algo muy apropiado para una historia de fantasmas y casas abandonadas.

Por la ventana del ático se colaban las luces de los relámpagos. Reginaldo observaba los árboles del parque que bailaban como brujas con el viento.

¿Qué bailaban los arboles? Bueno, no creo que fuera reggaetón. Más bien se movían con el ulular del viento y la lluvia que hacía un sonido a platillos al caer en las hojas y el techo de tejas de la casa.

Un rayo caía cada tanto y hacía temblar las paredes.

12 Allá abajo Moe estaba muy atento, Larry daba vueltas en círculos porque no le gustaban las tormentas y Curly dormía echada panza arriba.

Pero lo que llamó la atención de Reginaldo fue que de pronto, por el camino de pedregullo que se abría paso entre la maleza, ingresaron tres camiones. Eran muy grandes y pintados de negro.

Los focos avanzaron bajo la lluvia, recorrieron el camino de pedregullo desde el portón y se detuvieron frente a la entrada principal de la casa, acompañados por el retumbar de los truenos.

Reginaldo se pegó a la ventana para tratar de ver mejor.

Empapándose, unos hombres grandotes y encapuchados bajaban tres cajas de madera grandes y una algo más pequeña y las entraban a la casa.

Al rato, Reginaldo pudo oír sus pasos allá abajo, adentro de la casa. Sus voces gruesas resonaban como susurros de sapos.

Pero decidió no ir a mirar. Todavía no.

Los hombres estuvieron mucho rato descargando otras cosas, muebles de todo tipo, baúles, y un sinfín de objetos.

¿Sería que finalmente vendría alguien más a vivir a la casa?

Reginaldo estaba entusiasmado. Ya se imaginaba la de sustos que les iba a pegar a los nuevos habitantes. ¡Cómo se iba a divertir!

No podía saber que las cosas no iban a ser tan sencillas.